

Firenze, 30 de junio 21

Querida Sarah:

¿Querida? Qué barato, insulso, falaz me resulta llamarte así. Yo a ti ~~no~~ te quiero, no te quise o más bien te quise muy por encima de lo que puede significar la palabra «querer». Me resulta hasta vulgar. He empezado ya una docena de veces esta carta, tengo el escritorio lleno de borradores y, aunque nunca llegarás a leer estas letras porque las quemaré según acabe, es necesario que escriba lo que siento porque no aguanto dentro de mi cuerpo estas ganas de gritar y patear, de prender fuego a todo, de matarme y de matarte a ti. Tengo que expiar toda la rabia y la angustia que he sentido leyendo tus cartas. Hasta me tiembla la mano al escribir su nombre. Stuart. Ese ser. Inferior y miserable. No se puede odiar más profunda e intensamente de lo que yo lo odio. Es que no puedo. Te juro que no puedo. Al principio contenía las lágrimas de rabia. Ya ni

quiero. Solo quiero golpearlo todo.

¿Por qué, Sarah? Es esta la pregunta que me atormenta y a la que no soy capaz de dar respuesta. **POR QUÉ**

Sé que tengo que serenarme. Sé que debo hacerlo. Pero no puedo. No sé si podré. ¿Qué se supone

que tendría que hacer yo Sarah? ¿Te doy la enhorabuena? ¿Te deseo una bonita luna de miel

EN LONDRES? Qué. Tómelo tú, porque yo, francamente, no sé qué decirte. Pero te lo diré: yo te amé más profundamente de lo que ningún ser humano ha amado a otro y, lo quiera o no, lo voy a seguir haciendo. Estaré para ti porque no sé vivir sin estarlo, más ahora que has decidido experimentar con cosas que pueden matarte. Ojalá muras. Te lo digo así. Así tendría un motivo válido para suicidarme. Ojalá muriera él. No me lo traigas.

NO TE ATREVAS A PRESENTÁRMELO. Y sé que lo harás y yo te miraré a los ojos suplicando al mismo centro de tu alma que veas el dolor en el que se abraza la mía.